

Destejer el silencio: participación femenina y arte textil en Antioquia

María Alejandra Rincón Bedoya
Liliana Múnera Benthán

Resumen

Esta investigación de corte cualitativo, se enfoca en el reconocimiento del Arte textil en Antioquia, como una práctica muy vigente en las subregiones del departamento y que potencia la participación femenina. En los dos capítulos se presenta el contexto de lo textil en Antioquia, como antecedente relevante para la posterior reflexión sobre la incidencia de los espacios colectivos para tejer, en las transformaciones personales y culturales y como estos, posibilitan el intercambio de saberes, la producción de conocimiento y aportan a la emancipación femenina.

Palabras clave

Antioquia, Arte textil, Mujeres, Participación femenina.

- **Introducción: Halar el hilo**

Comenzaba el día con una hebra clara. Era un trazo delicado del color de la luz que iba pasando entre los hilos extendidos¹.

Así inicia la tejedora, así cualquier esperanza. Incluso esta, la de propiciar el encuentro con otras para tejer, para remendar, para unir, para hacer aparecer con nuestras propias manos algo que se nos ha negado, como lo es la participación. Esta investigación entonces, que se acerca y se expone a las experiencias textiles de las mujeres de Antioquia,

¹ Las cursivas en los inicios de los párrafos en la introducción responden un tipo de diálogo que opera en forma de paratexto entre la narrativa del cuento la Tejedora de Marina Colasanti y el propósito de la investigación. Para facilitar la lectura se hace uso de la cursiva.

que habitan en diferentes subregiones del departamento, enfoca el análisis desde dos dimensiones: La poética y la política.

Bastaba con que la joven tejiera con sus bellos hilos dorados para que el sol volviera a apaciguar a la naturaleza.

Poética porque interpela la vida, los silencios, porque una mujer en una casa campesina rodeada de flores, tejiendo flores, está extendiendo la vida, esto es, haciéndola más bella, renovándola, ocupándose de ella, como lo han hecho otras manifestaciones artísticas. *Poiéin*, que significa «hacer» es la palabra de la que deriva poesía y el tejido también se ocupa de hacer lo asombroso ¿Por qué la necesidad de pintar el cielo, por ejemplo y no solo mirarlo? ¿Por qué tejer una agenda ciudadana que se puede simplemente escribir? Es una cuestión que pasa por la experiencia, como lo recuerda al emperador chino que pidió al pintor de su corte que borrara la cascada que había pintado al fresco, en la pared del palacio porque el ruido del agua le impedía dormir. (Debray, 1994) Cuando nos exponemos a esa flor tejida, podemos ver allí la demora, la mirada de quien teje, el detalle de la vida. El activismo textil también es un ejemplo de cómo resuenan las voces de las mujeres cuando izan sus tejidos.

Por eso, también es político. Esos *bellos hilos* tienen el poder de iluminar algo, de darle un lugar a la voz y a los saberes heredados y relegados, a una forma de producir conocimiento que aparece ilegítima entre los saberes hegemónicos y que esta investigación destaca como una forma de participación de las mujeres del departamento, que han elegido lo textil como entretenimiento, como sustento, como sanación, como actividad artística, como encuentro o como espacio vital.

Tejer era todo lo que hacía. Tejer era todo lo que quería hacer.

Pero ¿Qué se teje en las mujeres que se encuentran para tejer? ¿Por qué las mujeres en Antioquia han autogestionado y defendido los espacios colectivos para reunirse alrededor del arte textil? ¿Hay algo más allá y más acá de la técnica, que convoca y motiva estos espacios?

Y tejiendo y tejiendo, ella misma trajo el tiempo en que su tristeza le pareció más grande que el palacio.

Los grupos de mujeres que participaron de esta investigación, ubicados en la subregión norte y nordeste, Urabá, Oriente, Valle de Aburrá y suroeste de Antioquia y que tienen alguna relación con el arte textil, destacan en primera instancia lo que el tejido en colectivo les ha permitido destejer: los miedos, las angustias, las inseguridades, la soledad, entre otras cosas asociadas al bienestar, a la salud mental y a problemáticas de género. Aspectos en los que enfatiza esta investigación, en la que la participación no es un asunto exclusivo de lo social-trascendente, sino que, desde un enfoque de género, se analiza como una cuestión personal-inmanente, esto es, desde la posibilidad de que las mujeres participen de su propia vida.

Esta vez no necesitó elegir ningún hilo. Tomó la lanzadera del revés y, pasando velozmente de un lado para otro, comenzó a destejer su tela.

Destejer el silencio, nombre de esta propuesta, surge en respuesta a esa necesidad de volver al punto de partida, de ponerle punto final a los silencios, de desplegar la subjetividad, de desaparecer las violencias. Destejer como un gesto textil liberador y necesidad histórica de

las mujeres. Como las *Moiras*, cortar los hilos que nos han destinado a siglos de injusticias y desigualdades.

Entonces, como si hubiese percibido la llegada del sol, la muchacha eligió una hebra clara.

Y fue pasándola lentamente entre los hilos, como un delicado trazo de luz que la mañana repitió en la línea del horizonte.

1. La urdimbre industrial y el contrahilo femenino.

Una joven mujer se levanta cansada, después de pocas horas de sueño, a retomar el trabajo en la fábrica. Piensa que no quiere volver al trabajo, piensa que le duelen los pies, las manos, el cuerpo, piensa en las insinuaciones del capataz, piensa en que lo que gana a duras penas le alcanza para comprar algo para comer, para pagar en dónde vivir. Qué cansancio— piensa ella—. Vuelve a pensar en el capataz y el cansancio se transforma en rabia profunda. Sabe que así como le pasó a ella le ha sucedido a varias compañeras. Basta. Es suficiente. Betsabé llega al trabajo con una idea fija en la cabeza, si ella para, si sus compañeras paran todas juntas, la fábrica tiene que parar. Sin ellas no pueden funcionar. Es hora de que las escuchen.

Es 1920 y Antioquia es apenas una provincia que está incursionando en el desarrollo de la industria textil. En el amplio territorio antioqueño se ha explotado la minería (en especial la de oro), la agricultura, la ganadería, el desarrollo cafetero, y desde mediados del s XIX el orgullo de la pujanza paisa ha ido de la mano del desarrollo industrial textilero:

En el año de 1890 se funda en la población de Rionegro una fábrica de textiles que produciría en sus inicios colchas, telas, hamacas y alfombras de cabuya entre otros: esta fábrica se llamaría Fábrica Textil de los Andes Fatelares y sería al igual que las demás textileras, pilar fundamental de la economía antioqueña durante gran parte del siglo XX.

También en la población de Bello y buscando aprovechar las caídas de agua para la generación de energía, se instala en el año de 1903 una fábrica de textiles con maquinaria enviada por el General Pedro Nel Ospina desde Manchester (Inglaterra) quien había tenido que exiliarse allí a causa de la Guerra de los Mil Días; esta empresa tomó luego el nombre de Compañía Antioqueña de Hilados y Tejidos de Bello (sería absorbida por Fabricato en 1939) y para el año de 1910 contaba con más de 200 telares y 500 obreros en su mayoría mujeres quienes comenzaban a involucrarse en el mercado laboral: un impulso importante a esta naciente empresa lo dio el gobierno Reyes (1904-1909) que le otorgó empréstitos de \$ 130 por cada telar y a un interés moderado. Para el año de 1907 se funda la más importante empresa textil de todo el siglo XX en Colombia, ella será la Compañía Colombiana de Tejidos Coltejer ubicada en Medellín y en sus inicios contaba con 12 obreros, 10 telares y una máquina para fabricar camisas; sin embargo, fue tanto su éxito, que sólo 3 años después contaba con 150 telares y más de 100 obreros con la mujer como sexo predominante. (Arbeláez, 2011)

Desde sus inicios, las mujeres fueron fundamentales para el desarrollo de la industria textil en el departamento, que, siguiendo con los ejemplos de muchas otras partes del mundo, dispuso de sus manos, de su tiempo y de su ser vital, para que el crecimiento industrial fuera posible. Pero remontémonos a otros territorios para comprender la normalización de lo que sucedió en nuestro país, y en Antioquia particularmente. Se dice que la mujer trabajadora fue un producto de la revolución industrial -es apenas allí donde se empieza a admitir su aporte a las economías domésticas, que pasa más que por el reconocimiento al esfuerzo femenino, por la glorificación a la industria-, en Inglaterra, Europa continental y Estados Unidos, la mano de obra femenina - y la infantil- comenzó a ser no solo aceptada sino apetecida, por las posibilidades que representaba para los dueños de las fábricas: tener mano de obra que en economía superaba a la mano de obra más barata masculina repercutía directamente en el

crecimiento y ganancia de la industria. Esta participación, representaba un cambio en las dinámicas femeninas, uno que prometía emancipación y transgresión de las condiciones paupérrimas que muchas enfrentaban, por ello planteaba un conflicto social: la mujer salía del ámbito privado de su hogar para habitar el espacio público, cambiando el cuidado del hogar por el trabajo asalariado, poniendo en jaque la imagen misma del ser femenino.

Pero la promesa de la emancipación femenina a través del trabajo se cumplió de manera accidentada. Si bien la mujer pudo salir del hogar para ayudar con la economía familiar gracias a la industria textil, las condiciones que enfrentaron en este nuevo trabajo - porque recordemos que las mujeres no intercambiaron el trabajo externo por el doméstico, conservaron ese trabajo silencioso y sin pago del sostenimiento del hogar- fueron deplorables. Basados en la probada resistencia de las mujeres y amparados en la necesidad que ellas tenían de tener un recurso económico, los propietarios de las fábricas impusieron condiciones inhumanas para el trabajo: salarios bajísimos, prohibición de tomar asiento o alimentos, abusos sexuales en las jornadas nocturnas, jornadas de hasta 18 horas de trabajo continuas, entre otras.

Y, aunque la industria textil no fue históricamente el mayor empleador de mujeres (sectores como el comercio, el servicio doméstico, la manufactura de artesanías, fósforos, orfebrería, flores artificiales, entre otros oficios, fueron los más desempeñados por las mujeres en esta época), sí fue la industria textil la que, con sus condiciones de trabajo abusivas estimuló la respuesta y participación femenina. Este camino sin embargo no fue fácil pues, de entrada, encontraba detractores en los mismos sindicatos:

En su mayor parte, los sindicatos masculinos trataban de proteger sus empleos y sus salarios manteniendo a las mujeres al margen de sus organizaciones y, a largo plazo, al margen del mercado de trabajo. Aceptaron la inevitabilidad del hecho de que los salarios femeninos fueran más bajos que los de los hombres y, en consecuencia, trataron a las mujeres trabajadoras más como una amenaza que como potenciales aliadas. Justificaban sus intentos de excluir a las mujeres de sus respectivos sindicatos con el argumento de que, en

términos generales, la estructura física de las mujeres determinaba su destino social como madres y amas de casa y que, por tanto, no podía ser una trabajadora productiva ni una buena sindicalista (Scott, 1993).

Además de los sindicatos, el estado, las leyes y la industria entorpecieron en toda medida posible la inclusión justa de las mujeres en el mundo laboral, a través- claro que sí - de la segregación entre trabajadores y trabajadoras, considerando siempre que las mujeres ejercían trabajos de menor importancia, que no tenían fuerza para el trabajo y que su entorno natural no era el laboral. Incluso prejuicios médicos y biológicos sirvieron para detener la concesión de condiciones más justas de trabajo: la vulnerabilidad del cuerpo femenino, al presuponerse más débil, se consideraba transgredida por las condiciones que requerían los trabajos, alterando el papel reproductor de la mujer como función primaria en la sociedad.

No obstante, y contradiciendo el prejuicio de que las mujeres no tenían las capacidades necesarias trabajar y menos para liderar espacios, las mujeres crearon sus propios sindicatos en los que comenzaron a exigir mejores condiciones laborales, unas que contemplaran las especificidades vitales de las mujeres y que en vez de ser usadas como argumento que nutriera la imagen de débil y de poco proclive o capaz para el trabajo, permitieran su desempeño como trabajadora y su ser mujer.

Así, alzar la voz para manifestar el desacuerdo en el trabajo, para hacer exigencias laborales, influyó directamente en los cuestionamientos femeninos que llevaron a reclamar espacios de participación: poder no solo alzar la voz, sino tener garantía de que dicha voz fuera escuchada. Las mujeres entonces reclamaron el derecho al voto, a ser consideradas ciudadanas, y muchas de estas promotoras, que explicaron a mujeres y hombres la importancia de que el voto no fuera solamente un privilegio masculino, que resistieron, que se agruparon, fueron mujeres trabajadoras de la industria textil. Y su acercamiento a lo textil

cobró otro sentido, ya no era solamente un oficio para subsistir, un trabajo mísero, en míseras condiciones:

Las sufragistas promovieron una intensa labor creativa vinculada a actividades artísticas de diversa índole, desde el diseño de carteles hasta la creación de todo tipo de joyas y objetos que servirían de soporte reivindicativo y medio de difusión de largo alcance. En este campo del activismo fueron esenciales las labores textiles en su más amplia factura y diversidad, desde la costura, el bordado y las aplicaciones, al diseño y producción de indumentarias y accesorios (Barrido, 2018)

Las sufragistas lograron con mucha perseverancia mellar la dura faz del status quo. Avanzaron en diferentes frentes para poder lograr su objetivo, el cotidiano, el laboral, el artístico. Tejieron su discurso en las fábricas al tiempo que manipulaban los textiles, que lavaban prendas. Mientras sus manos eran usadas en la manufactura sus mentes volaban soñando otras condiciones, otras vidas, otras libertades. Ese sueño conjunto las sostuvo y les hizo más fácil enlazar las largas jornadas en las fábricas con las jornadas activistas.

En Colombia, el sueño del voto femenino era aún lejano. En 1920 las mujeres aun no luchaban por el voto femenino, tampoco por su incursión en el mundo laboral, su ámbito natural era el hogar y aquellas que trabajaban lo hacían llevadas por la necesidad económica. Aún faltaban 10 años más para que las mujeres se alzarán a pedir el voto, no obstante, la lucha participativa ya estaba en marcha, la conciencia de que la carencia las hacía más vulnerables hizo que las mujeres sintieran la necesidad de ser escuchadas.

En Antioquia, una trabajadora de la textilera de Bello se rebeló contra los abusos que sufrían las mujeres en la fábrica: largas jornadas laborales en precarias condiciones, descalzas, con salarios inferiores a los hombres y un sistema de multas que les obligaba a satisfacer los deseos sexuales de sus capataces. Así fue como Betsabé Espinal, una joven de 23 años logró convocar y convencer a cerca de 500 trabajadoras textiles para llevar a cabo la primera huelga de trabajadoras en la historia de Colombia, y la segunda en Latinoamérica.

Durante 24 días la Fábrica de Tejidos de Bello se paralizó por la protesta, que si bien tuvo apoyos externos -por ejemplo, de los estudiantes de la facultad de medicina de la Universidad de Antioquia- no fue acogida por el personal masculino de la fábrica. Esta gran y primera congregación de mujeres reclamando sus derechos, consiguió que sus demandas fueran escuchadas y que se implementaran los cambios necesarios, sin embargo, luego de la protesta fueron despedidas varias trabajadoras que participaron y lideraron, entre ellas Betsabé Espinal. Experiencias inspiradoras como la de esta obrera, son más bien la regla que la excepción en la historia de las mujeres.

Las luchas que enfrentaron nuestras predecesoras hace cien años, que incluso se vienen dando desde finales del siglo XIX deberían parecer anacrónicas, deberían haberse superado, avanzando en las exigencias y ver reflejado un cambio de visión en el estado, en las leyes, en la industria y en la sociedad en general. Sin embargo, parece que la lucha de los más vulnerables se eterniza, los reclamos se repiten décadas tras décadas, los cambios son lentos y nada homogéneos. Ejemplo de ello son las condiciones de las mujeres que trabajan hoy día en las maquilas textiles en diversos lugares del mundo, para que la industria de la moda, el *fast fashion*, pueda renovarse constantemente. Hace apenas diez años, en el 2013, Bangladesh vivió una tragedia: el edificio Plaza Rana, donde se situaba una fábrica textil, se derrumbó dejando un saldo de 1130 personas muertas y aproximadamente 2000 heridas. La mayoría de estas tres mil víctimas fueron mujeres. 3000 mujeres damnificadas por la codicia de los propietarios de la fábrica, cuyo edificio en pésimas condiciones ya denunciadas por las trabajadoras, se desplomó en cuestión de segundos. En este caso los reclamos más básicos - salidas de emergencia, mejoras en los mecanismos contra incendios o reparación de sistemas eléctricos- no fueron escuchados, y las consecuencias aún las viven las víctimas, muchas de las cuáles con heridas desatendidas y altas facturas médicas no han podido volver a trabajar. Una muestra más de que los derechos son derechos solo para algunos, y de que en los

márgenes de ellos casi siempre estamos las mujeres, sobre todo las más vulnerables: las pobres, las rurales, las que no han tenido acceso a la educación, las madres cabeza de familia.

Sin embargo, como la flor que vence el asfalto y aparece en lugares inesperados, la fuerza vital femenina busca siempre intersticios para la posibilidad de su ser. En contraste con lo que sucedía - y sucede- en el ámbito industrial, muchas mujeres han procurado un espacio íntimo alrededor de los tejidos. Esa otra forma de contemplar lo textil responde a dinámicas que inicialmente no tienen que ver con el desarrollo económico, o al menos no con el desarrollo económico a gran escala.

El espacio de tejido se puede remontar a la misma época en que las mujeres asumieron el cuidado doméstico y familiar, como una de las características estéticas de la convivencia femenina: uno en el que la mujer disponía, acondicionaba y armonizaba el espacio que ocupaba junto a su esposo y sus hijos. Esta práctica textil ornamental que se configuró como un espacio netamente femenino, en la que la delicadeza y armonía esperadas del ser mujer encontraba el ambiente adecuado para desarrollarse, en muchos casos fue impuesta como el devenir natural del sexo débil, una manera de ocupar las horas en una actividad digna que no compitiera con otras asociadas al conocimiento y al trabajo, cuestiones evidentemente masculinas.

Pero la práctica textil, el ejercicio del tejido, en el que el movimiento de las manos acompaña el movimiento reflexivo de la mente, se convierte en subterfugio al encierro, a la obligación doméstica y a la negación de la búsqueda creativa y de conocimiento. Y la reunión con otras mujeres, para realizar tejidos en diferentes técnicas, se transforma en otra forma de participación, en otra manera de alzar la voz, de pronto una con vocación menos industrial, pero no por ello menos importante. Un tejido interno que va clarificando el pensamiento, permitiendo observar las condiciones vitales y los sentires alrededor de las mismas,

preguntarse sobre estas condiciones y llevar este cuestionamiento al afuera, en la intimidad con otras mujeres que lejos de acallar dichas preguntas se ven reflejadas en ellas, haciendo una sola voz.

Esta otra forma de reflexión y participación no es reciente, no es un nuevo descubrimiento o una nueva tecnología aplicada. Es algo que viene sucediendo desde siempre en las reuniones de mujeres que tejen, en ellas el compartir estas reflexiones se da de una manera orgánica, natural, lejos de aspavientos o de ambiciones esnobistas. Casi con un lenguaje propio, íntimo, que corresponde a la naturaleza de la puntada de cada mujer -en unas, puntadas apretadas, en otras puntadas sueltas, unas sutiles, otras más vehementes- las mujeres van entretejiendo lanas e inquietudes, escuchándose y encontrando en ese compartir de experiencias, de miradas y de hilos, las respuestas necesarias para su cotidianidad.

¿Qué es lo nuevo, entonces? El reconocimiento de la importancia de esa experiencia. El poner en el centro la necesidad de distinguir estas voces y vislumbrar el conocimiento, la potencia creativa, la maestría cotidiana. Observar lo político en lo personal, poniendo la lupa en la experiencia diaria de muchas mujeres que se sientan un rato a transformar el hecho prosaico de manipular telas, agujas e hilos en el arte de crear y de re-crearse.

2. Enhebrar la voz: Participación textil desde lo colectivo

Antioquia tiene una geografía tejida, hecha por mujeres que atardecen bordeando una montaña, aprendiendo una flor o, recordando con la aguja la casa campesina que la violencia transformó. Cada tarde, en muchos pueblos de este departamento, las mujeres se encuentran para tejer. Para llegar a estos encuentros, ellas mueven toda su cotidianidad, lo que implica - para algunas- dejar los hijos al cuidado de otras, levantarse más temprano para hacer los destinos, entrar la ropa antes de salir y así, ese *antes de salir* para una mujer es el reflejo de algunas de las complejidades que hemos tenido y que ellas reconocen como una dificultad histórica para la participación.

Esa actividad silenciosa y ornamental que se ha dado generalmente en la intimidad del hogar, se ha trasladado al espacio público y colectivo y desde allí ha tomado fuerza y ha transformado la práctica, el oficio y a las personas. Así lo dejan ver los costureros, las asociaciones, las colectivas, los grupos de mujeres de las bibliotecas públicas, que con diferentes técnicas y motivaciones, se reúnen alrededor del arte textil en las subregiones de Antioquia, donde se desarrolló esta investigación. Alrededor de estos encuentros, las mujeres potencian su voz y así lo expresa Juliana, una mujer campesina que asumió un liderazgo comunal enfocado al trabajo con mujeres alrededor de lo textil:

Estos encuentros han permitido que las mujeres salgan de la casa y de todos los espacios silenciosos, para escuchar otras experiencias y ver que el mundo para ellas también es grande.

En ese sentido, la práctica de lo textil en Antioquia, se ha convertido en una acción vinculante de lo femenino y en un medio de enunciación que aunque no es nuevo, se ha reconfigurado a las necesidades que tenemos las mujeres de decir y defender los derechos, lo cual solo es posible a través de ese tejido colectivo. Así lo afirma Diana Calle:

La participación femenina es la mayor herramienta que tenemos las mujeres para levantar nuestra voz, reconocer y defender nuestros derechos y el tejido representa eso. Ahí estamos las mujeres, diversas, campesinas, mamás, las que nunca han estudiado, las que no saben leer y escribir, tejiendo. Entonces, nos damos cuenta que nunca hemos luchado solas, que siempre hemos estado en colectivo y esa es la manera de generar cambios.

Esta acción colectiva, surge directa e indirectamente por la expansión del pensamiento feminista y por lo que las mujeres que nos anteceden, han tejido en materia de derechos. El poder encontrarnos a conversar, conceder un tiempo para lo que nos gusta, compartir saberes y extender esa femealogía² textil como una manera de cuidar el legado de las madres y abuelas, legitimar lo que las mujeres sabemos y por supuesto, destejer el silencio, son acontecimientos asociados a la práctica textil en colectivo. Ahí, el textil actúa como medio y soporte para materializar el pensamiento. Las mujeres participan de un pasado que las conecta; de la vida de otras y exponen la propia para transformarla, por eso, su potencia.

Hacerse otra a través de la enseñanza/aprendizaje como gesto textil colectivo, implica un conocimiento y un reconocimiento de la alteridad a partir de la diferencia (Cabnal, 2010. p. 260) en el que nos hacemos mujer con otras y a la vez distintas a nosotras mismas y en esa construcción subjetiva del yo femenino se van destejiendo imaginarios, opresiones, angustias, ideas que hacen que las mujeres participen de sus propias decisiones, de su vida. Dice Margarita, de Gómez Plata, al respecto:

Las mujeres somos imparables en ese asunto de que todos los días estamos pensando en ser mejores, pero para el otro, desde la exigencia del otro, no para nosotras. A raíz de que nos vamos tejiendo día a día, nos preguntamos cuándo seremos mejores para nosotras y mirar hacia adentro y decir, soy mejor para mí.

² El cual implica nombrar, reconocer y legitimar el conocimiento, resistencias y sabidurías de quienes nos precedieron (Cabnal, 2010).

Este llamado al empoderamiento permite pensar el encuentro alrededor de lo textil como una propuesta para la emancipación femenina, en tanto que se pone en movimiento la configuración subjetiva y de género, en el que las relaciones con la materialidad textil representan un movimiento de doble filo, a la manera del hacha cretense (*Labrys*), que, empleada por las amazonas, servía tanto para luchar como para trabajar. De este modo, tejer es entretejer, *porque es una práctica que nos pasa por el cuerpo* (July). Así, lo que se crea con los hilos, se ha trenzado en el ser. De ahí que, los nudos, la tensión de las hebras, la elección de los colores como la elección de las palabras sea una manifestación emocional del cuerpo que teje, por tanto, este se convierte en un texto, en un soporte de memorias, en un acto que in-corpora.

En los encuentros con las mujeres en Antioquia, se evidencia que el tejido en colectivo, adquiere otros propósitos y ha sido allí, donde este oficio se ha transformado, porque deja un poco lo íntimo para abrirse a lo común y empieza a generar una mediación entre las historias personales, los saberes y la creación de algo que será futuro —el objeto tejido—y a su vez, es lo que las mujeres pueden decir de ellas a partir de esos encuentros para crear, las complicidades y los cuestionamientos que se habilitan sobre problemáticas de género. En el caso de las mujeres de Anorí, emplearon el tejido como una mediación; decidieron realizar una agenda ciudadana tejida, para la incidencia política en su territorio. Estas mujeres que hacen parte de AMUAN (Asociación de Mujeres Anoriseñas) han hecho escuela y tiene una amplia trayectoria de trabajo juntas y descubrieron que, encontrarse para tejer, haría más significativo lo que ellas necesitaban comprender en materia de derechos, para luego exigirlo.

Figura 1. Foro ciudadano por la defensa de los derechos de las Mujeres de Anorí, Antioquia.



Fuente: Construcción de agenda ciudadana por AMUAN y UdeA. (2023).

Algunas de ellas no escriben, otras no tejen, pero en este propósito común todas se acercaron al tejido como una textualidad que les permitió materializar lo que sueñan para las mujeres en su territorio y extender 7 hebras que son:

1. **Remendar la mujer que soy:** Vida libre de violencias
2. **Enhebrar la voz:** Participación, cultura y liderazgos femeninos.
3. **Transformar las fibras:** Emprendimientos y autonomía.
4. **El cuerpo como tejido:** Salud, derechos sexuales y reproductivos.
5. **Trenzar saberes:** Educación integral con enfoque de género.
6. **Urdir la vida juntas:** Paz y derechos humanos.
7. **Pro-tejer la naturaleza:** por la defensa del territorio y su diversidad.

Con estas hebras, las mujeres invitaron a los candidatos a comprometerse con ese tejido que las mujeres ya hemos iniciado. Sobre esto, una de las participantes opina que:

La agenda fue tejida para mostrar lo que nosotras somos y reconocer lo que las mujeres hemos ido aprendiendo en silencio y poderlo plasmar en un textil con valor simbólico e histórico. Lo bonito del ejercicio es que tejiendo la agenda las mujeres fueron destejiendo sus emociones y construyéndose internamente y ahí nos damos cuenta que esto pasa por el cuerpo para que pase por el territorio. (July)

De esta manera, las mujeres de Anorí están participando del desarrollo territorial y hacen parte del diálogo público, en el que lo textil suma al ejercicio de romper el silencio, también, desde los oficios feminizados y descalificados por el patriarcado y que, de acuerdo

con Rozsika Parker (1984), el hacer textil está constituido por una profunda contradicción. Sí, en él se guardan formas de opresión, pero éste también es una herramienta de resistencia (Pérez & al, 2019. p. 252), que ha tomado fuerza en lo colectivo, como la mayoría de luchas femeninas, que pasan por interpelar lo que pasa dentro de la casa, entre esas cosas, lo textil, que al tener lugar en lo colectivo, transgrede esa idea de *la intimidad del hogar*, como una forma de domesticar a la mujer y sus conocimientos.

También hacen parte de esta investigación el grupo Mujeres de Hilo del municipio de La Unión, Antioquia, en el que participan mujeres desde los 13 hasta los 84 años y que han elegido como lugar de encuentro la Biblioteca Pública. Para ellas, el arte textil ha estado mediado por la necesidad de salir de casa, juntarse, conversar y aprender de las otras.

Además, han hecho un ejercicio de reflexión en torno a la práctica muy interesante, de ahí que su apuesta es más creativa que productiva. Han bordado cartografías para el reconocimiento del cuerpo territorio y, vinculado a esta investigación, realizaron un libro textil en el que cada mujer es una página y esa narrativa personal es un correlato de la vida de las mujeres, tal vez en el mundo. Es un ejercicio que pone el acento en las hebras que nos unen, que en acuerdo con Pajackwoska (2016) el tejer siempre es un acto plural, incluso cuando se hace en solitario.

Este libro tejido por mujeres campesinas, del pueblo, es una forma de participar de la historia, de la propia y de la universal. Allí está la página de doña Luz Elena, que no tiene acceso al código escrito y por eso, no tiene acceso a muchos espacios de participación, sin embargo, encontró en Mujeres de Hilo, la posibilidad de contar su vida a otros a través de un oficio que para ella es cercano. Ese saber que antes le había permitido adornar su casa con manteles, acoger a sus hijos y nietos con esarpines y mamelucos, ahora le permite decir algo de ella, aunque ya sus creaciones habían hecho algo vital: cuidar la vida. Como ella, las

demás, han potenciado sus saberes en los encuentros colectivos que se convierten en un laboratorio que involucra el cuerpo y la experiencia vital de cada una. Así, el libro textil se compone de sueños, miedos, recuerdos de infancia, lugares habitados, saberes heredados, familias y homenajes a otras mujeres que hacen parte de su urdimbre.

Esas páginas de tela, en las que se narra con punto atrás, punto escondido, pespunte, punto escapulario, punto de cruz, y el movimiento de las manos conectado con el pensar y el sentir, representan para ellas, la posibilidad de reconocerse como autoras, que haciendo uso de una escritura femenina producen conocimiento. En ese proceso de creación, lo que empezó con un pedazo de tela, se convirtió en una página y luego en su libro. Esto en el contexto, fue todo un acontecimiento, pues el pensamiento hegemónico había alejado de su vida y de su cotidianidad los libros y hasta la palabra libro, ahora nombrada y tejida. A propósito, viene bien recordar que *la palabra textum, remite en latín a la tela que teje, texere, la araña entre las ramas* (Quignard, 2023) por lo que, todo texto, es ante todo un tejido, en este caso de narrativas femeninas materializada a través de una escritura que resiste, de una semiótica personal.

Figura 2. Al fondo la exposición del libro textil, en el marco de la socialización de este proyecto.



Fuente. Mujeres de Hilo, La Unión Antioquia. 2023

Se suman también a esta investigación el grupo de Mujeres Rescatando Saberes del municipio de Gómez Plata, quienes tienen dos líneas de participación desde el arte textil. La primera tiene que ver con las economías femeninas, pues ellas producen conocimiento, que luego se convierte en tejidos que venden en el mercado campesino. Las integrantes, que en su mayoría son mujeres mayores, consideran la práctica textil como un aporte a su bienestar y autonomía, pese al poco valor estético y económico que se le atribuye a sus creaciones en el mercado. La segunda -aludiendo al nombre del grupo-, es el trabajo de reconocimiento y difusión de los petroglifos prehispánicos, que se cree fueron tallados en el Holoceno tardío, sobre unas rocas situadas en la zona rural de este territorio, ubicado en el nordeste de Antioquia, en el valle del río Nus. Este grupo de mujeres, se han desplazado hasta allí, lavaron las piedras, hicieron un reconocimiento de estos, para después bordarlos.

Figura 3. Mujeres rescatando saberes y Mujeres de Hilo en el municipio de Gómez Plata, en el marco de la socialización de este proyecto.



Fuente: Registro fotográfico propio. Noviembre de 2023.

Ese vínculo entre el bordado como un saber ancestral y el patrimonio, poco reconocido, preservado y apropiado, dejan ver el ejercicio textil como una práctica que actualiza y hace presente la memoria del territorio, como una materialidad que permite circular el conocimiento colectivo y apropiarlo. En este caso, las mujeres bordan caminos de mesa, camisetas y bolsos con los petroglifos y gracias a esta acción, se convierten en elementos identitarios que ahora tienen lugar en el espacio personal. Así, lo patrimonial le da nuevos sentidos y vínculos a la práctica textil y esta, a su vez, media entre ese saber silenciado y las narrativas presentes.

También aceptaron la invitación a esta propuesta investigativa, mujeres indígenas de Jardín, del resguardo de Karmata Rúa, y la Asociación de Mujeres Indígenas Campesinas Soñando Paz, Amispa, ubicadas en Urabá, específicamente en el resguardo indígena Las Palmas en Apartadó, que desde técnicas ancestrales y en una relación inmanente con el tejido, se abrieron a la conversación sobre el sentido de tejer en colectivo y esto qué relación tiene con el ser mujer-rural-indígena. Sobre esto, la Mayora Estefa aportó:

Mi esposo me decía, no hija, usted no es del campo, es de la casa y empecé en grupos de mujeres donde me enseñaron con telas para vestirnos y tejidos con hilo. Yo me llevaba a mis hijos en una canastilla para aprender a hacer tejido. No fui a la escuela, mi mamá me decía que yo no tenía que estudiar, que mejor aprendiera a coser, a hacer las cosas de la casa y el cuidado de los hermanos. Luego a uno le contaba que había que planificar para no tener familia, pero mi mamá decía que uno se casaba para tener hijos. Finalmente fui un año a la escuela pero en el grupo de mujeres fue que aprendí muchas cosas.

Eso que la Mayora aprendió con otras lo ha compartido con las mujeres de su comunidad, incluidas sus hijas quienes cuentan que desde pequeñas la mamá les presentó el tejido no solo como destino, sino como oportunidad de tener un saber, que les permitiera generar recursos -en medio de tantas carencias-para lograr un poco de bienestar.

Actualmente, al visitar el resguardo, se encuentran mujeres tejiendo al sol, poniendo en movimiento las cosmovisiones a través de las formas y los colores, al mismo tiempo que tejen la esperanza de un futuro mejor para su comunidad, porque -como lo afirma una de las mujeres de Anorí- lo que queremos, no lo queremos para nosotras solas.

Figura 4. Integrantes de Mujeres de Hilo en intercambio, con las mujeres de Karmata Rúa, en el municipio de La Unión, Antioquia.



Fuente: Registro fotográfico propio. Octubre de 2023

Las mujeres del resguardo Las Palmas, reconocen que los espacios colectivos, han sido escenarios de aprendizaje, desde los cuales han fortalecido sus ideas, sus conocimientos y han acompañado su palabra, a menudo tan sola, a menudo tan lejos de nombrar sus realidades. Sobre esto, Liliana, una de las integrantes dice: *Yo era una mujer que poco hablaba y aprendí a desarrollar el habla en estos grupos.*

Lo que expresa esta mujer, reúne las posibilidades del encuentro con otras para tejer la palabra, el sentido y el sinsentido de lo que nos pasa, para soltar los miedos y los cautiverios físicos y simbólicos, para volver sobre lo mismo, a través del gesto repetitivo del textil, porque ha sido lo mismo lo que nos margina, lo que invalida, lo que mutila. Como la antigua historia de Filomela, la silenciada que, ultrajada por Tereo, su cuñado, quien la llevó una cueva y aprovechándose de las oscuras paredes, le hizo todo lo terrible y cuando ella intentó divulgar toda su violencia ante el padre y la hermana; Tereo le cortó la lengua. De vuelta al palacio, Filomela, que en griego significa *la que ama el canto*, empezó a tejer una tela que tácitamente contaba su historia y que dirige a su hermana, relata en silencio los gritos que habían sido lanzados por ella dentro de la cueva oscura donde Tereo la deseaba, la golpeaba, la violaba, la invadía: la imagen que ella tejía explicaba la pérdida de su lengua. (Quignard, 2023)

¿Cuántas veces se nos ha negado como mujeres el decir? ¿Qué tan sola se ha quedado nuestra palabra? Nos alcanza el silencio forzado de Filomela, porque históricamente la mujer ha sido acallada y por eso violentada. Esa cueva oscura a veces es la intimidad de la casa, ciertas construcciones familiares o afectivas y en todos los casos, el dominio de lo simbólico, desde donde se estructuran y validan los discursos, el patriarcado, las jerarquizaciones, las representaciones y las prácticas de género que nos han dejado por fuera de nuestra propia vida. Es ahí donde lo textil como construcción simbólica, cobra un sentido político y se hace vigente hoy, cuando las mujeres han recuperado el habla -como lo dice Liliana- y eso se ha dado también, extendiendo silenciosamente los hilos con otras. Tal vez por eso cuando hablamos, necesitamos mover las manos, para halar la palabra y tejer otra historia.

Puntadas finales

- Los grupos de mujeres que participan de esta investigación, tienen puntadas comunes, de los que se resalta, que son espacios que nacen de iniciativas comunitarias, desde el deseo y la necesidad de las mujeres por juntarse a tejer. En todas las subregiones se encontró que ellas autogestionan y hacen sostenible la colectividad sin apoyos institucionales. Dentro de los grupos se dan dinámicas de intercambio de saberes, una mujer experta en alguna técnica la comparte con todas y así, arman una agenda formativa en la que desarrollan proyectos comunes como el bordado de petroglifos o hacer un libro textil donde el aporte personal se hace colectivo.
- Las mujeres que evoca este texto, reconocen el encuentro alrededor del arte textil como un espacio de participación muy importante en su cotidianidad. Por eso valoran e impulsan esa colectividad desde la cual transforman con el tejido. Por ejemplo, doña Martha, lideresa rural de Anorí, un territorio biodiverso y que ha padecido de todas las formas la guerra, en una conversación sobre por qué despliega tantos movimientos que van desde madrugar, aplazar los que haceres, desplazarse desde la vereda a la cabecera municipal, coger camino en la tarde noche de regreso, hasta invertir dinero para ese transporte o caminar para asistir al grupo, dice que hace todo eso porque: *Cambié el llanto por el tejido, me gusta encontrarme con otras para escuchar, para saber que no solo lo que yo pienso es verdad, tejo para el recuerdo y dejarle un legado a los hijos de los hijos, también para enseñarles que no solo es trabajar, que también se crea con las manos y el espíritu y para resolver cosas con otras.*

Figura 4. A la izquierda doña Martha tejiendo en uno de los encuentros y a la derecha, su declaración de vida, bordada



Fuente: Fotos tomadas en el marco de la creación de Agenda Ciudadana, adelantada por AMUAN y apoyada por la UdeA. Octubre de 2023.

- Conversar alrededor de lo que se hace, potencia el sentido del hacer y escribir sobre ese hacer, es un aporte a la divulgación y el reconocimiento de saberes periféricos. De ahí, que esta investigación reconozca como un logro los espacios para conversar, en los que la reflexión ocupó el lugar de la praxis, porque allí las mujeres pudieron ver cosas de ellas mismas y de sus procesos, como ver prendas íntimas intervenidas para el activismo, reconocer las luchas textiles en el departamento, su rol como autoras y creadoras, asociar lo que hacen con el arte, entre otras cosas. Ese es un aporte que la investigación hace a estas comunidades y a su vez un aporte que ellas le hacen a un campo de conocimiento, a un saber ancestral que, como las mujeres, merece lugares más dignos y legítimos.
- Salir de la casa parece una cotidianidad, pero para una madre, para una mujer rural, para muchas mujeres casadas resulta toda una osadía. Esa expresión en el contexto de esta investigación cobra especial sentido toda vez que representa lo que la mayoría de las mujeres -no solo las de estos grupos-, movilizan en defensa de su participación.

Algunas nombran su vinculación a estos espacios de tejido como *este es un espacio que le ganamos a la vida*; y es así, en la vida de las mujeres los espacios son estrechos y toca defenderlos, por esto, se deben potenciar y apoyar estas iniciativas en las que se está tejiendo la participación de muchas mujeres del departamento. Al respecto, Juliana, líder comunal en la vereda La Casita, de Anorí, expresa lo siguiente:

Yo lo veo de esta manera: nos sentimos frustradas, tristes y ahí vamos despejando todo eso que nos oprime, entonces para mí es un acto maravilloso porque nosotras como mujeres todos los días pasamos por cosas complejas, incluso el solo hecho de salir de la casa es complejo para nosotras. Estoy tratando de que aumente la capacitación para que ellas aprendan que lo único en la vida no es solo estar en la casa. Muchas me han dicho que es muy bueno que yo esté en la Junta de Acción Comunal, porque las invito y sienten que se les está dando la oportunidad de participar de otras cosas por fuera de la casa.

- El artefacto textil tejido en el marco de esta investigación, así como las creaciones de estas mujeres, son un soporte por el que también circulan identidades, valores, creencias. Allí está el tiempo, el hábito, la mirada de mujeres del campo y del pueblo a quienes esta textualidad les permitió expresar, más allá de las barreras lingüísticas. Ellas pusieron en función de sí mismas un saber capaz de cobijar a otros, sin embargo del que ellas se han sentido excluidas. Entonces esa idea de la aguja como remedio para la ociosidad femenina, como técnica de control, se ha empezado a revertir en favor de los derechos de las mujeres y ahora, el arte textil tiene el poder de embellecer el mundo y también de cuestionarlo.

Dejamos aquí unas puntadas suspendidas, para seguir tejiendo este ejercicio investigativo con otras y destejiendo lo que tensa, lo que ata el des-pliegue de la vida de las mujeres.

Referencias

- Arbeláez, A. (2011). Inicios de la producción industrial en Antioquia. *Semestre económico*, 105-111.
- Barrido, B. (2018). Prácticas textuales para subvertir los espacios públicos. Del sufragismo al contra-feminicidio. *Dossiers Feministes*, 143-168.
- Cabnal, L. (2010). Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. En *Feminismos diversos: el feminismo comunitario* (pp. 250-284).
- Debray, R. (1994). *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*. México: Paidós.
- Pérez, T., & al, e. (2019). Hacer-se textil: cuestionando la feminización de los oficios textiles. *Tabula Rasa*, 250-270.
- Quignard, P. (2023). *El hombre de las tres letras*. Barcelona: El cuenco de plata.
- Scott, J. W. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. Recuperado de https://www.fhuc.unl.edu.ar/olimphistoria/paginas/manual_2009/docentes/modulo1/texto3.pdf